

Félix Armando Núñez

Estilo de Mario Osse



HAY quienes perseveran en considerar que el estilo de una obra de arte es algo distinto del fondo de ella, de la vivencia estética, y hablan de la belleza de la forma, independiente del contenido, como si verificasen la inverosímil cosmética de un organismo momificado. Para ellos ha sido en vano las varias veces centenaria fórmula de Buffon: «El estilo es el hombre». Y por consiguiente, añadamos nosotros, una realidad en devenir, un acontecer vivo, cambiante, siempre nuevo, como el hombre mismo. El título que encabeza estas líneas significa, pues, la obra de arte o las vivencias estéticas de Mario Osse, ensayista que, tras vehementes discusiones, se ha ido imponiendo en el mundo de las letras hasta ocupar en él un rango de excelencia, una categoría de dilección.

No se puede tratar del estilo como de la cáscara seca de un fruto o de la piel de un animalito, sometida a tratamiento de taxidermia. No tendríamos una intuición adecuada del estilo de Cervantes, si no conociéramos su obra maestra, por más que hubiésemos leído las *Novelas Ejemplares*. No comprendemos el estilo de otro modo que como incesante fluir de vida. Bien nos lo ha mostrado el genio novelesco de Marcel Proust al evolucionar el arte del género, presentándonos en sus libros, hombres.

y cosas, no hechos de una pieza, no dibujados estáticamente desde un comienzo, sino en dinámica movilidad, en un hacerse y rectificarse continuo, en un integrarse, desintegrarse y recomponerse en nuestra percepción como toda la realidad en que estamos inmersos. La primera iglesia ofrecida en devenir es la de Combray en las inolvidables páginas de «Por el camino de Swann».

Por el estilo se llega al hombre como por las ramas al tallo y la raíz y al árbol todo.

¿Qué nos dice el estilo de Mario Osses?

En lo que un escritor escribe—y nada más que un escritor artista—lenguaje y estilo son una misma cosa, así como se identifican en él, estilo y vida, precisamente porque un lenguaje es artístico a condición de que esté lleno de vida.

Dar con su estilo propio semejante es hacerse su propia estatua de noble metal, con los lingotes de oro que el artista posee. La materia está allí por natural privilegio o don divino, pero hay que trabajarla tercamente, día y noche hasta transfigurarla en su forma definitiva, es decir, hasta que sea bella. Este trabajo no consiste en sentido recto literario en juntar palabras escogidas, en seleccionarlas de nuevo, en realizar con ellas estructuras, en podar o injertar, como alguna vez pudiera imaginarse desaprensivamente sino en algo más profundo y eficaz: en sumergirse en la cultura para vivir en ella, y de ella hacer una segunda naturaleza. O mejor—como lo ha sugerido el promotor de estas líneas: en entrarse al río de la cultura y remontarlo luego nadando para llegar hasta sus orígenes.

Hay una conciencia artística tan exigente y premiosa como la conciencia moral: tiene su imperativo categórico y sus torturas. Si no que lo digan Flaubert y Proust. Aprueba a veces, pero con mayor frecuencia censura y castiga. Se manifiesta en un tremendo sentido de responsabilidad, y en el remordimiento de haber escatimado energías para la realización del espíritu que pedía colaboración apasionada.

Hay también dos maneras de improvisación: la del hombre inconsciente y la del que ha vivido alimentando su llama interior con todos los combustibles de la cultura. La primera es la del orador cuya palabra fluye como un río de tópicos. La segunda es la de Cervantes: la que Mario Osses exalta como el método propio del genio. La de Mario Osses mismo.

Los ensayos de este autor, que tenemos a la vista: «Filosofía del Quijote» y «Trinidad poética de Chile» confirman nuestro aserto.

Osses es enteramente dueño de su estilo. Ha esculpido con denodado, ejemplar esfuerzo el oro nativo de su temperamento. Para lograrlo ha sido antes minero y ha removido la tierra con barreta y pala testarudas o escandalosa dinamita. Un lenguaje para expresar cosas difíciles por su novedad o sutileza trascendente. No esperéis, por tanto, el lugar común de la prosa cotidiana. No la molicie del diván, sino el sobresalto de la acrobacia aérea, del «looping» que os remonta cerca de la estratósfera, os hace perder momentáneamente el equilibrio y os da una nueva visión del panorama.

Este estilo está hecho de íntima transustanciación. Parece también un árbol gigante, cuyas mil raíces se alimentan de riquísima sustancia cultural.

Un agua cultural perfluente. Acá el conocimiento vivo y actualizado del latín y la etimología que le permite crear como flores capitosas, neologismos precisos o, lo que viene a ser lo mismo, dar a los vocablos acepciones nuevas conforme a la sugerencia de Horacio en su «Epístola a los Pisnes», o a volverles la prístina significación previo remontar el curso semántico del idioma. Allá la asimilación medular de los clásicos del Siglo de Oro y de la Literatura Universal; acullá las doctrinas más profundas de la Filosofía Antigua y Moderna—Sócrates, Platón, los presocráticos, Nietzsche, Kierkegaard, Unamuno, Bergson, Hartmann, Heidegger—hechos carne de su alma. Y en todas partes la sensibilidad actualizante, antena finísima para

captar la onda de la última vibración de espíritu, universal, la acridez de saber y comprender, el goce de vencer dificultades, la pasión ardiente, y también la pasión fría, esa que según Hegel «ha hecho todas las grandes cosas en la historia». Lo que no hay en ninguna parte es la frase o la reflexión ramplona, la barata sensiblería. Podríamos aún afirmar que el autor es un apasionado, pero no un sentimental, sin predicarlo de manera excluyente. De pronto recordamos la bellísima evocación de Temuco, página transida de fino sentimiento, en la exégesis de Neruda, digna de figurar en una antología cuando las antologías estén bien hechas. Allí leemos:

«La Frontera no es la exasperación ilímite, sino muy al contrario: es la consecución reposada del límite. Es el descanso visual y cordial. La Frontera es como una flecha de silencio.. .»

Los que hemos vivido un cuarto de siglo a orillas del Biobío, hemos sentido de nuevo en nuestra carne con este logro verbal, el frío penetrante de esta flecha de silencio. Nos ha herido hasta la médula. Imposible el hallazgo de una imagen más feliz. En el sur de Chile, el paisaje impone el silencio. No hay sino callar frente al asombro cotidiano, frente al lloro perenne de la lluvia y el cañoneo insistente de los vientos. El indio seguramente ha sido siempre silencioso. La selva escucharía más que sus palabras el lenguaje de sus flechas. Del largo silencio contenido por los que allí viven, se dispara como de un arco tenso la simple arma. Esa flecha es una palabra, una frase, un verso que vienen cargados de profunda significación. Vienen del silencio.

No sólo hay, pues, en la prosa de Mario Oses riqueza de vocabulario que tintinea como un puñado de flamantes monedas de oro, sino además opulencia de imágenes.

«Voz que interesa a las estrellas, que fingen la diástole y la sístole de la palpitación cordial del infinito».

(Trinidad poética de Chile, pág. 9).

«Sobre todo, atesora la excelencia vital de la angustia, porque angustia es estrechez, desfiladero, y Chile existe entre las cumbres y el desierto y el mar. Pero con una estrella. Con una estrella que está escuchándolo». (Ibid.).

Y hay más. El asombroso poder de forjar antítesis, paradojas y paralelos que en Baltasar Gracián y en Quevedo es capaz de llenar páginas y páginas. Nuestra sorpresa ha ido «in crescendo» al leer el triple paralelo entre Sócrates, Jesucristo y Don Quijote trazado con un arte sumo, desde catorce puntos de partida distintos. (Filosofía del Quijote, págs. 19 a 24). Son como catorce vías triples que arrancan de otros tantos miradores.

Y no es esto todo, con ser muchísimo.

Se manifiesta en dichos ensayos una admirable capacidad de asociación. ¡Qué de relaciones insospechadas, de nexos originalísimos! La cultura de Mario Osses no es un almacenamiento inerte de ideas y datos. Unos y otras se animan y electrizan al conjuro de su pluma y en la frenética rotación de sus átomos aparecen las ocultas afinidades con que concurren a formar sorprendentes estructuras.

«Filosofía del Quijote» es una de las exégesis más atrevidas y perspicaces que conocemos en torno al texto de Cervantes. Los ensayos sobre Cruchaga y Pablo Neruda, los más profundos, intuitivos y artísticos que se han escrito sobre estos dos grandes poetas. Gabriela Mistral debe a Alone y a Mario Osses, cada uno con su estilo personalísimo, los más vertebrados, vivaces y esenciales comentarios compuestos bajo la inspiración de su gloriosa obra.

Y todavía una advertencia y una insinuación.

Quien no posea medularmente asimilada, una cultura filosófica al día, no podrá comprender del todo la interpretación hondísima que Osses hace de los poetas, ni la necesidad violenta que le urge a crear palabras con que singularizar las vi-

vencias que ellos le suscitan. Interpretación y vocabulario de notable acierto. Ensáyese la lectura de las glosas a «El fantasma del buque de carga» y «Sólo la muerte», glosas en que Osses alcanza su culminación como ensayista.

Y ahora la insinuación.

Nos ha parecido que ninguna propedéutica podría facilitar tanto el camino al corazón del intuicionismo, del existencialismo y en general del contrarracionalismo que estas páginas de Osses, tan vivas, que nos recuerdan una experiencia bella que nunca pudimos expresar con palabra justa.

En noche de luna, los tilos de Concepción por el invierno.

El árbol altísimo yergue su copa profusa, sin hojarasca, como una raíz inmersa que bebiera del aire y del cielo, y la luna resbala sobre ella al modo de un agua helada sobre una piel brillante de moza joven. Y se diría sí que el árbol se nutre de esencia de firmamento puro, y del barro no menos esencial.